



La Coyuntura Chilena en el Post Plebiscito de 2022

Mario Garcés Durán ¹

Los resultados del plebiscito del 4 de septiembre pasado que favorecieron el rechazo del nuevo texto constitucional propuesto por la Convención Constitucional, golpearon fuertemente a las fuerzas políticas progresistas y fortalecieron las posiciones de derecha y ultraderecha en el cuadro político nacional.

Los efectos de la derrota de las fuerzas progresistas han sido de diverso tipo y magnitud. Por una parte, los militantes y activistas tanto de partidos políticos como de organizaciones y de movimientos sociales tendieron no sólo a replegarse, sino retraerse en niveles extremos; por otra parte, el gobierno, que vivió también la derrota, buscó mantener la iniciativa para dar continuidad al proceso constituyente, pero pronto pareció perder el rumbo y se ha empezado a constituir en una suerte de “gobierno de administración” con una cierta obsecuencia o al menos reiteradas concesiones a la derecha. Esta última, por su parte, ha buscado recrear un cuadro de normalidad política conservadora y postergar sus definiciones con relación a una fase constituyente sobre la que busca el mayor control posible.

Sin embargo, para hacer más comprensible la actual coyuntura parece necesario distinguir planos analíticos. Consideremos, aunque sea esquemáticamente, algunos de ellos:

1.- Los Efectos de la Derrota en el Campo Progresista

En primer lugar, hay que indicar que la derrota el 4 de septiembre de 2022 cierra un ciclo que se abrió con el estallido social de 18 de octubre de 2019, pero lo cierra negativamente, es decir, sin haber logrado el cambio constitucional, que se constituyó como desafío y como meta colectiva en el proceso político que abrió la movilización popular. Y que, además, fue validado por el plebiscito “de entrada” al cambio constitucional del 25 de octubre de 2020. Esta es la mayor paradoja del resultado del 4 de septiembre: un 78% de los que votaron el 25 de octubre estuvo de acuerdo en cambiar la Constitución; y, un 68% de los que votaron el 4 de septiembre de 2022 rechazó el nuevo texto propuesto por la Convención Constitucional.

En segundo lugar, la derrota puso en cuestión o al menos interrogó la naturaleza del proceso vivido, en particular por la Convención Constitucional, tanto en el sentido de su relación con la sociedad y en particular con las bases populares, pero, en un sentido más amplio, con relación a su capacidad para recrear su propia legitimidad en el proceso de escribir un nuevo texto constitucional. La Convención no sólo fue objeto de desprestigio y banalización por parte de la derecha y los medios de comunicación, sino que además no previó ni organizó bien su propia acción de “representación” de la sociedad.

¹ Doctor en Historia, docente del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Correo electrónico: mario.garces@usach.cl

En tercer lugar, el “rechazo” fue mayoritario en el campo popular. La derrota del “apruebo” fue transversal, desde las élites hasta las bases más pobres de la sociedad. Este es, tal vez, el golpe simbólico mayor, una mayoría popular se opuso al cambio y siguió las consignas de la derecha en sus sentidos más conservadores, por ejemplo, el temor a que se viera afectada la propiedad de la vivienda, la integridad del territorio nacional o la excesiva protección a la naturaleza y de los animales.

En cuarto lugar, no se puede ignorar la campaña de la derecha fundada en fake news y diversas manipulaciones desde las posiciones de poder que les brindan los medios de comunicación de su propiedad. Y este es un problema mayor de la política local y mundial, el poder de los medios de comunicación como un actor tanto más relevante que la propia estructura del poder político del Estado. Es el poder de los aparatos ideológicos y culturales que colaboran con los poderes institucionales y de facto dominantes. Para las derechas de hoy, el control de los medios es tanto o más importante que el propio ejercicio del poder político, que además se puede ejercer –con mayor libertad para ellos- desde estos aparatos culturales.

En quinto lugar, la derrota del “apruebo” puso en cuestión la naturaleza de los actores denominados, a falta de un mejor concepto, de progresistas, así como la vieja noción de las izquierdas. ¿Quiénes son las fuerzas progresistas? ¿Quiénes configuran la izquierda chilena de hoy? ¿Se puede reconocer una propuesta de cambio político compartida por los progresistas y las izquierdas? Pareciera, a modo de hipótesis, que entre los progresistas y la propia izquierda habría que considerar a determinados partidos políticos institucionalizados, a los movimientos sociales –antiguos y nuevos- y a los colectivos y grupos de izquierda extra institucionales. ¿Cómo evalúan cada uno de ellos la derrota? ¿Hay vasos comunicantes o se trata de lecturas endógenas que nada tiene que comunicar a sus vecinos?

En sexto lugar, los sectores progresistas y las izquierdas, golpeadas por la derrota han enfrentado dos problemas fundamentales: 1.- Carecer, especialmente los nuevos movimientos sociales, de medios de comunicación e instrumentos políticos a través de los cuales poder hacerse escuchar; y 2.- Ganar en claridad acerca de cómo deben seguir siendo parte del cambio constitucional y de las luchas sociales y políticas del tiempo próximo.

2.- Los Efectos del Triunfo del Rechazo en la Derecha

La derecha celebró su victoria, sin embargo, en los barrios populares el pueblo que los apoyó no salió a las calles. Este es un dato interesante, ya que plantea al menos dos o tres problemas.

En primer lugar, que la derecha no esperaba una victoria tan abrumadora. En segundo lugar, que su discurso público la obliga a dar continuidad al proceso constituyente (que le sería más cómodo ignorar, y hay datos que indican que esta podría ser una alternativa). En tercer lugar, que el rechazo congregó a actores bien diversos, desde la extrema derecha hasta la centro-derecha de la Democracia Cristiana. En cuarto lugar, que la derecha no ha recreado su proyecto político desde la crisis que se hizo visible en 2021 con la derrota de Desbordes de RN y de Lavín de la UDI en las primarias para las elecciones presidenciales de ese año.

En suma, la derecha se ha visto fortalecida con el triunfo del rechazo, pero carece de propuestas políticas consensuales desde sus liderazgos más históricos, lo que la ha dejado a merced de sus grupos más extremos, de republicanos y ultraderechistas con aires fascistoides. Estos grupos podrían ganar en desarrollo en el tiempo próximo debilitando y empobreciendo la política chilena



3.- “¿Volver a fojas cero, que aquí no ha pasada nada?”

En los días recientes pareciera que el discurso del segmento más conservador de la derecha y de los medios de comunicación es que “aquí no ha pasado nada”: el estallido social de 2019 fue un mal momento de violencia delictual que más valdría olvidar; carabineros cumplió tan noble y esforzadamente su papel en el reestablecimiento del orden que los líderes del nuevo gobierno –ayer en la Oposición– debieran disculparse ante ellos; que lo más nuevo políticamente hablando es la emergencia del Partido de la Gente. Esta tendencia conservadora tiene por ahora espacio suficiente para expandirse, aunque con los límites y reacciones que puedan provocar sus liderazgos más extremos.

Una segunda tendencia es la que debiera configurarse desde la derecha más “tradicional” (UDI y RN) en favor de una nueva fase en el proceso de cambio constitucional. La estrategia hasta ahora ha sido la de fijar “bordes” al nuevo proceso, un eufemismo para designar límites, es decir hasta dónde es posible cambiar y hasta donde no será posible ni deseable cambiar. Esta estrategia obliga a crear mecanismos de control –expertos, censores, árbitros– desde algún lugar del Estado para asegurar que la nueva Constitución sea de consenso y no modifique aspectos fundamentales de la Constitución de 1980.

El gobierno está obligado o se siente obligado a dialogar con esta corriente dominante de la derecha, ya que perdió su débil capacidad de iniciativa política mostrada hasta antes del plebiscito. La razón hasta ahí era su inicial confianza en que el plebiscito se ganaría, pero cuando ello no ocurrió su debilidad se hace aún mayor. Tampoco cuenta con apoyos parlamentarios suficientes, de tal modo que, aunque apueste a su propio programa de reformas, todo parece indicar que sus niveles de logros serán bajos, y los más pesimistas pronostican un pronto retorno de la derecha al Ejecutivo.

La pregunta, sin embargo, que inevitablemente hay que hacerse cuando el autor de estas líneas proviene de la disciplina histórica, es si efectivamente aquí no ha pasado nada, si el estallido social se puede ignorar y se puede volver sin más a las viejas prácticas de la política, que se inician en los años de la transición a la democracia, debidamente escindidas de la sociedad. O, dicho de otra manera, el Estallido Social de 2019 se produjo por el malestar acumulado en la sociedad y por la existencia de un sistema político y una clase política incapaz de escuchar y procesar ese malestar. ¿Cuánto hemos avanzado en la resolución de esa crisis de representación política? O, más ampliamente ¿cuánto hemos avanzado en recrear nociones mínimas de participación política y en la reconstrucción de un Estado efectivamente democrático?

La actual coyuntura puede provocar variados engaños: Chile giró a la derecha; de haber reforma a la Constitución sólo será cosmética; los movimientos sociales fracasaron en su “purismo” y su excesivo énfasis en la identidad; los partidos políticos volverán a jugar los roles fundamentales en la organización del Estado y la sociedad. O sea, nada nuevo bajo el sol. Sin embargo, el desfase y la distancia entre el Estado y la sociedad, las tendencias en favor de un individualismo asocial y del consumo como único y principal indicador de bienestar, así como la ausencia de un espacio público democrático que permita procesar las diferencias entre los chilenos nos vuelven un país poco predecible.

En este contexto, para los movimientos sociales (feministas, ambientalistas, de los pueblos originarios, de trabajadores, pobladores, estudiantes, profesores, regiones) será fundamental mantener su autonomía del Estado y los partidos políticos, ajustar sus demandas colectivas, coordinarse y establecer alianzas más perdurables entre los propios movimientos sociales y sobre todo ampliar el impacto de sus saberes en sus propias bases y más allá de ellas en el campo popular.

